

Capítulo XXII.

Misterios del corazón.

Fray Pedro Antunez era un hombre de unos sesenta años y de un carácter angelical.

En su rostro se revelaba desde luego la bondad de su alma.

Todo contribuía en él á darle el aspecto del verdadero pastor.

Habia vivido en el mundo hasta los cuarenta años; habia sido victima de las debilidades humanas y esclavo de las pasiones, y tenia la suficiente experiencia para comprender y dispensar los extravíos de cuantos llegaban á él á confesar sus culpas, y á pedirle que les abriera las puertas del arrepentimiento.

Amigo y deudo del condestable don Alvaro de Luna, tal vez ambicioso como el célebre privado, habia tenido ocasion de ver en él los efectos de la mudable fortuna; tal vez anticipándose á la historia, que más tarde hizo justicia al privado de don Juan II, conocia hasta qué punto eran injustas las persecuciones de que fué objeto, y todas estas causas, y acaso alguna oculta, le impulsaron á abandonar el mundo por el claustro, y á buscar en la más humilde regla un correctivo á la soberbia que le habia dominado en los primeros años de su vida.

Antes de llegar á Córdoba habia vivido en Valladolid, y en aquella ciudad habia conocido á fray Juan Perez de Marchena.

Uno y otro se estimaron, llegando á ser grandes amigos.

Su ejemplar virtud, su notable talento, su profunda sabiduría, habian aumentado el respeto y veneracion que inspiraba su rostro, y nada más á propósito que él, aunque en inferior esfera, podia hallar Colon para confidente de sus ideas y protector de sus desdichas.

Cuando llegó Colon al convento, estaban todos los frailes en el coro rezando vísperas.

Preguntó al demandadero por el guardian, y le anunció que no podria verle hasta despues que saliera del coro.

Colon entró en el templo para esperar.

La iglesia en aquellos momentos estaba casi desierta.

Sólo ardian á los lados del altar mayor dos lámparas, que despedian una débil luz.

El resto de la nave estaba á oscuras.

El aspecto que presentaba la iglesia era imponente.

Mucho más aún, si á la oscuridad se añadía el murmullo de la oracion de los frailes.

Y sin embargo, Colon halló un dulce consuelo al encontrarse en aquella mansion de Dios, que tan bien retrataba el estado de su alma.

Postrándose de hinojos, elevó al cielo una ferviente plegaria.

—¡Dios mio!—dijo,—tú que lees en mi pensamiento, tú que has inspirado á mi inteligencia las ideas que abrigo, apiádate de mí; haz que halle al ménos en el venerable eclesiástico cuya caridad voy á implorar, el consuelo que reclama mi alma, y si no, dáme fuerzas para soportar los infortunios con que quieres probar hasta qué punto debe ser grande la humanidad de los hombres más altivos ante el Criador.

Los murmullos del rezo de los frailes se extinguieron.

El coro quedó desierto.

Colon se levantó y abandonó la iglesia.

Poco despues volvió á entrar en el locutorio, y se hizo anunciar al prior.

Fray Fedro Antunez acababa de entrar en su celda, y uno de los legos iba á servirle un parco refrigerio.

Apenas le anunciaron la llegada del forastero, dió orden para que le llevasen á su celda.

—Venís á tiempo,—dijo á Colon con amable sonrisa.—Tomad asiento, y compartid conmigo estos manjares.

—Os doy gracias por vuestra bondad; pero os agradezco la fineza.

—Hijo mio, nuestro mayor placer es dar lo que tenemos. Tomad asiento de todos modos, y decidme cuál es el objeto de vuestra visita.

Os traigo una carta del prior del convento de la Rábida.

—¿De mi buen amigo fray Juan Perez de Marchena? ¡Dios sea loado! porque al fin voy á realizar uno de mis mayores deseos.

Hace ya mucho tiempo que nada sé de él, ¿Vos le habeis visto? ¿Está bueno?

Colon le refirió todo lo que le habia pasado desde su llegada á Córdoba, añadiendo que al ver lo infructuosa que habia sido la carta de recomendacion que fray Juan Perez de Marchena le habia dado para el confesor de la reina, le habia enviado otra nueva carta, que tenia el honor de entregarle.

Leyóla el superior del convento con marcadas pruebas de regocijo, y salpicándola de frases benévolas para el que la habia escrito, y despues de acabada su lectura:

—Pues figuráos que yo soy para vos fray Juan Perez de Marchena, y habladme con franqueza, disponiendo en todo y por todo de mi humilde persona.

Dios habia oido la plegaria de Colon.

Estaba tan poco acostumbrado Colon á esta clase de recibimientos, que no pudieron ménos de asomar á sus ojos las lágrimas producidas por la emocion que habia experimentado.

¿Cómo podia pagar aquella acogida tan bondadosa, sino confiando toda su historia y todas sus desdichas al superior del convento de Mercenarios?

Interesado vivamente por el relato del extranjero, el bondadoso fray Pedro Antunez, que tenia suficiente talento é ilustracion para comprender hasta qué punto debia prestar su atencion á las ideas del recomendado de su buen amigo fray Juan Perez de Marchena, y que al mismo tiempo comprendia lo doloroso de la situacion de Colon, sintiendo hácia él un vivo afecto, y deseando al mismo tiempo que cumplir con los deberes de su conciencia, con los de la simpatía que le habia inspirado el extranjero, le tendió la mano.

—No en balde fray Juan Perez de Marchena ha enviado á mi casa. Desde este instante pongo una de mis habitaciones á vuestra disposicion, y no sólo el hospedaje, que es muy poco para persona de tantos merecimientos como sois vos, sino cuanto podais necesitar para vuestra subsistencia y para llevar á cabo los proyectos que abrigais, lo pongo desde ahora á vuestra disposicion. Y no son estas palabras cortesanias, sino la expresion de mis verdaderos sentimientos.

—Os agradezco vivamente tanta fineza, y creed

que si en algun apuro me hallara, que si tuviera necesidad de algun auxilio, vendria á suplicaros que me favoreciérais, del mismo modo que lo haria con el prior de la Rábida, á quien tantas bondades debo.

Pero hoy, gracias á Dios y á la munificencia del caritativo fray Juan Perez de Marchena, cuento con recursos para vivir algun tiempo, y confio, con vuestra proteccion, en poder alcanzar una entrevista de los reyes, para poder exponerles los proyectos que constituyen toda mi vida.

—De cualquier modo,—añadió fray Pedro Antunez,—confio en que vendreis á verme á menudo, y siendo como soy tan aficionado á las ciencias, tendré el mayor placer en oiros, en conocer vuestra opinion sobre materia tan importante como la navegacion, y al mismo tiempo, en apreciar las ideas que vuestra imaginacion ha despertado en vuestra alma, y que la reflexion ha madurado.

Colon se despidió del prior del convento de Mercenarios, y al salir de allí llevaba la esperanza en el corazon.

Estaba acostumbrado á leer en la fisonomía de los hombres las condiciones de su carácter, y habia comprendido que fray Pedro Antunez era un hombre leal y que al prestarle su apoyo gozaria en extremo.

Por de pronto, y entre otras cosas, le habia ofrecido emplear toda su influencia para ponerle en relaciones con el arzobispo de Toledo, que se hallaba á

la sazón en la corte, que tenía gran influencia en Palacio, que era también muy aficionado á las ciencias y muy amigo de proteger á los desvalidos.

Colon estaba seguro de que entre uno y otro lograrían proporcionarle la audiencia que con tanto afán solicitaba, y satisfechas sus esperanzas por una parte, su pensamiento buscó de nuevo los recuerdos que Beatriz había dejado en él.

Las palabras que había pronunciado Beltran para manifestar las sospechas que abrigaba acerca de los móviles que habían impulsado á su ama á abandonar la corte, eran sin duda alguna la verdad.

Pero por la misma razón, le mortificaba más aún que si hubiera sido una mal fundada conjetura.

No había duda; la maledicencia se había cebado en aquella mujer virtuosa, y había atribuido un fin perverso á lo que no era en ella más que un sentimiento de piedad.

De lo contrario, ¿hubiera renunciado á la brillante posición que ocupaba cerca de la augusta soberana, y habría ido á sepultarse en un rincón ignorado acaso para siempre?

Y que eran ciertas las apreciaciones de Beltran, lo demostraban las órdenes que le había dado su señora al partir.

Colon estaba seguro de no haber dado motivo á aquella inesperada ausencia.

Porque de haberlo dado, le hubiera retirado Beatriz por completo su gracia, le hubiera dejado sumido en el abandono, y no hubiera mandado á su paje

que velase por él, que se anticipase á sus deseos, y que procurase que no le faltase nada absolutamente.

Todo esto demostraba que había tenido que obedecer á la imperiosa ley de las circunstancias al alejarse de la corte.

Pero de cualquier modo, si no la causa moral, había sido la causa material de aquella dolorosa partida.

Colon aguardó algunos días ántes de volver al convento de Mercenarios.

Aprovechemos este intervalo para indicar cuál era la situación del ánimo de Beatriz.

En el primer instante, satisfecha su dignidad, porque había tenido bastante valor para dominar un sentimiento que llenaba su alma, creyó que había podido vencer para siempre la debilidad que había empezado á notar en su corazón.

Retirada á la casa que le habían dejado en Baeza los padres de su madre, casa en donde había pasado una temporada durante su niñez, los recuerdos de la infancia ocuparon las largas horas de su soledad.

Pero á los pocos días de su llegada nada le distraía; ni las labores propias de sexo, ni los paseos, ni el cuidado de las flores de su jardín, ni los melodiosos sonidos que arrancaban al arpa sus delicados dedos, bastaban á satisfacer la necesidad de emociones que experimentaba su alma.

Era natural que esto sucediese.

Había abierto un momento su corazón al amor, y

cuando el amor penetra en el corazón de una mujer, causa infaliblemente los mayores estragos.

Los matices de las flores le parecían pálidos.

Veía en su imaginación colores más vivos que los que ellas tenían.

Las notas que arrancaba al arpa no bastaban á expresar los gemidos de su corazón.

Todo le parecía triste, sombrío, y era porque guardaba en su pecho un sentimiento dulcísimo, que no podía manifestar, y esto era muy suficiente para que viera oscuros todos los horizontes.

El sueño se alejaba de sus ojos desde el momento en que, cediendo al cansancio, buscaba el reposo en el mullido lecho.

Entonces, en medio de la soledad y del silencio que reinaba en torno suyo, su imaginación calenturienta evocaba esperanzas que hasta entonces no había querido ver ni oír.

La imagen de Cristóbal Colon no se apartaba un instante de su vista.

El secreto de su historia penetraba en su corazón, y hasta sentía, al pensar que otra mujer le había llamado su esposo, una pesadumbre tan grande, que no tenía más remedio que confesarse, al fin y al cabo, después de aquellas largas horas de insomnio, que el interés que le inspiraba el extranjero era mucho mayor del que sólo inspira la más cariñosa amistad.

No quería, sin embargo, pronunciar el verdadero

nombre de su enfermedad... de su enfermedad, que no era otra que el amor.

En los primeros años de su juventud había luchado y había vencido.

Engreída con este triunfo, se figuraba que su corazón estaba cerrado para siempre al amor, y no era así.

El torrente comprimido tanto tiempo, pugnaba por hallar salida.

El afecto que había despertado en su alma Colon, era ya una pasión de las más violentas.

Pero todavía tenía fuerzas para reprimirla.

—¿Qué sería de mí,—pensaba en medio de su delirio;—qué sería de mí si cediendo á la voluntad de esta sed que me abrasa, diese alas al deseo? ¡Oh! ¿Qué pensarían de mí aquellos á quienes he desdeñado? ¡No, no, Dios mío! Antes la muerte que ceder al influjo de esta ilusión, que al mismo tiempo me hiere y me acaricia.

Y sin embargo, después de haberse hecho estas reflexiones, después de haberse resuelto á dominar al amor, en vez de ser su esclava:

—Si yo pudiera favorecerle,—se decía:—si yo lo lograra prestarle apoyo sin que él lo supiera, ¡qué felicidad tan grande la mía!

En el amor, esta clase de ideas no son más que una retirada ficticia.

Es una tregua, un paréntesis de la pasión, para tomar mayor impulso.

Inés, que había desarrollado su alma al calor del

cariño de su ama, por más que adivinase los pensamientos que turbaban su razón, no se atrevía á dar crédito á sus sospechas.

Estaba tan acostumbrada á verla defenderse del influjo del dios vendado.

Y sin embargo, notaba que poco á poco iba perdiendo el terreno que habia ganado en su corazón.

Beatriz, que hasta entonces habia sido la bondad misma, se mostraba irascible.

Nada le contentaba, todo lo encontraba mal hecho.

Parecia como que necesitaba desahogarse riñendo á sus criados.

Cuando esto sucedia, no podia ménos Beatriz de retirarse á su habitacion, y allí á solas lloraba, porque comprendia muy claro que su irascibilidad, su despecho, su desden para con sus servidores, no era otra cosa más que un desahogo injusto, que le probaba hasta qué punto estaba presa sin querer en las redes del amor.

Una tarde, despues de haber pasado el dia en la mayor agitacion, salió á dar una vuelta por su jardin acompañada de Inés.

—¿Qué tienes?—le preguntó Beatriz.

—Nada, señora.

—En vano tratas de ocultármelo; adivino perfectamente la causa de tu tristeza.

—¡Oh! ¡No creais!...

—Tal vez me culpas.

—¡Por Dios, señora!

—La causa de tu tristeza no es otra que la ausencia de Beltran. ¿Me he engañado?

—Ya sabeis que no sé mentir; es cierto.

—Y si está ausente, es por mi causa.

—Es vuestro servidor, y se complace en obedecer vuestras órdenes.

—Pero tú,—añadió Beatriz con sonrisa de bondad,—le agradecerias más que no me obedeciese.

—¿Podeis pensar eso de mí?

—No me lo ocultes; sé que le amas mucho.

—Sí, le amo más que mi vida,—dijo Inés, abriendo su corazón para que saliera la emocion que la dominaba.

—¿Y eres feliz amando?—le preguntó Beatriz.

—¡Qué si lo soy, señora! ¡Ah! ¿Qué seria la vida sin esperanza, sin la realidad del amor?

—¡Oh! No digas eso, Inés; el amor no es la felicidad, es el tormento.

—Vos no habeis amado, señora.

Estas palabras, dichas con la mayor inocencia por Inés, hirieron como un dardo envenenado á Beatriz.

—No he amado, y Dios me libre de amar,—exclamó.

—No le pidais eso al Señor: yo comprendo que las desdichas de que habeis sido víctima, han podido cerrar vuestro corazón á ese dulcísimo sentimiento. Pero ¡ay! cuando pienso que haceis todo lo posible por buscar la soledad, me entristezco, y pido á Dios